

Lanzamiento / Discurso II - Notas

Les agradezco a todos estar aquí. Los veo desde aquí y pasan por mí imágenes de lo que hemos hecho juntos, en lo político, lo profesional y lo humano. Me alegra que estén aquí.

Muchas gracias, también, a María José y a Sergio, por sus palabras y por darse el tiempo de preparar esta presentación.

Con María José nos encontramos hace un par de años, conversando con otras personas, y me llamó la atención su apertura reflexiva. Como ustedes la escucharon, hace un esfuerzo honesto por comprender, no habla desde marcos rígidos y, más bien, hace el ejercicio de pensar por sí misma. Como le dije, a través de esta invitación, me gustaba la idea de que ella pudiera revisar críticamente el libro, cosa que ha hecho.

Pero también hay una razón secreta de esta invitación, que ella no sabe. Un día íbamos con Claudia en el auto y puse el podcast de T13 Radio donde María José es panelista de los lunes. Y de repente Claudia me dice “me encanta como habla ella, tan elocuente, se le entiende todo”. Creo que esa vez solo sonreí, porque era un buen retrato de esa autenticidad reflexiva. Retuve ese momento y pensé que era ideal tener a María José con nosotros hoy día.

Con Sergio nos une una relación más larga, tenemos varias batallas juntos. En estos días recordaba que la primera vez que lo conocí fue cuando fue a la Escuela de Derecho de la UDP en 1987, cuando se estaba formando el PPD. En esa ocasión retuve su alegría y lo vibrante que se sentía en esas asambleas, todos con ganas de escuchar, preguntar y debatir. Ahí él tenía unos 46 o 47 años y tenía la misma vitalidad que vaya que la conserva y que le escuchamos ahora. Yo entré al PPD por invitación de Sergio, en 1996, hace justo 30 años. Yo estaba partiendo con mi empresa, le enviaba a Sergio mis informes de análisis político y me invitó a ayudarlo en la redacción de sus discursos. Fue una etapa muy estimulante, porque era conversar con él, pero también participar de las reuniones a las que él siempre invitaba más gente para pensar colectivamente, recoger las opiniones de todos y después sintetizarlas en lo que íbamos a decir. Era un espacio creativo, donde además asomaba un rasgo que ustedes vieron ahora: cómo traducir las conversaciones en acción, en propuesta, en qué hacer. Lo hizo también ahora, y lo agradezco, porque es leer el libro en términos de cómo llevarlo a la iniciativa política.

Hay un tercer rasgo de Sergio que me gustaría destacar. Con el tiempo, Sergio se transformó en lo que podríamos llamar el Pater Familias del PPD. Es al que todos escuchamos, al que todos acudimos por un consejo, el que nos llama en los momentos de tribulaciones y crisis. Está siempre humanamente atento. No dejo de pensar que ha adquirido el estatus de los hombres sabios que recorre la tradición de las familias árabes que emigraron alrededor del mundo y que sienten como una clave de su identidad más profunda: el saber que la vida está hecha de los giros trágicos que han tenido y que el

modo de sortearlos es esa sabiduría llena de templanza. Por eso Sergio es una persona tan transversalmente respetado y escuchado.

En su caso, Sergio une la reflexión de este libro con las reflexiones de la izquierda tras la caída del Presidente Allende. El vivió una derrota dura, que le costó la prisión, la relegación a la Isla Dawson, salir al exilio y, por lo tanto, también tiene una sabiduría para mirar estos momentos, que es parte del desafío que hoy día tenemos.

Me alegra mucho tenerlos a ambos aquí.

Quisiera compartir con ustedes dos breves reflexiones.

La primera, es que este es un libro deliberadamente severo. Eso para mí tiene una connotación política e histórica que creo que vale la pena rescatar. Siempre traté de no ser injusto y, por cierto, no hay descalificaciones; eso no está en mi carácter. Siempre trato de razonar sobre lo hechos, pero también quise reivindicar la severidad. Me formé en ella y le tengo cariño, porque creo que hace bien en la vida.

Ese es un regalo de mi mamá. Mi mamá, que está aquí conmigo, es una representantes de esa sana mezcla entre amor y severidad. Yo no me puedo quejar, porque siempre fui muy regalón de ella. Cualquier queja sería de lleno. Pero, al mismo tiempo, era muy formadora, muy firme en la delimitación de lo correcto y lo incorrecto, muy marcadora respecto del sentido del deber. Eso me acompaña y me ha servido tanto en la vida, que lo rescato como un valor.

Mi formación inicial en la Jota, en la clandestinidad bajo la dictadura, también tenía ese sello. Las medidas de seguridad se debían tomar en serio, porque fallar a ellas ponía en riesgo la vida de personas. Cada tarea que acordábamos tenía un sentido y también una carga: si la hacíamos mal retrasábamos la caída de la dictadura. Y esa escuela también era una escuela de formación política, donde cada cual tenía que dar fundamento de sus opiniones, cualquier riflero eran rápidamente detectado, e ironizado. Si alguien no tenía un planteamiento que sirviera a la discusión no adquiría peso. Nos tomábamos en serio lo que hacíamos. Cada error era analizado como tal, porque tenían implicancias, tenían efectos, porque asumíamos la responsabilidad con el país, con la gente. Éramos tontos graves como regla general, pero nos daba orgullo ser así.

Una persona me escribió en Facebook en estos días diciendo “por qué haces estas críticas ahora, cuando debemos enfrentar a Kast”. Bueno, precisamente por eso. No vamos a ser una buena oposición repitiendo lo mismo que nos llevó a la derrota.

No dejo de tener presente el texto del PS, de la dirección encabezada por Carlos Lorca, en marzo de 1974, a seis meses del Golpe, dónde realizan una dura crítica a los errores políticos que llevaron a la derrota de Allende. Lo mismo hizo la dirección del PC encabezada por Víctor Díaz y Mario Zamorano, en un texto de junio de 1974, que

escribió mi papá. Ambas eran autocríticas profundas, exigentes, descarnadas, a ratos desgarradoras.

Eran severos consigo mismos porque se tomaban en serio. Es una escuela que valoro y reivindico.

En el caso de la izquierda, ese talante proviene de la cultura sindical, de dirigentes que se hacían cargo de los trabajadores que representaban, de la responsabilidad de su liderazgo en la vida esos trabajadores. La frase “lo que ayuda y lo que no ayuda”, “lo que sirve o no sirve” a la causa, de una reivindicación, de una negociación sindical, del futuro de la empresa, del futuro de su fuente laboral, para el país, para un proyecto, era una distinción ordenadora. Tenía esa carga práctica, pero también ética. Para ellos no era solo una idea versus otra idea, sino cómo cada decisión afectaba sus vidas, permitía avanzar o era un retroceso. Detrás de eso lo que había era un sentido de hacerse cargo de las consecuencias, de una ética de las consecuencias.

En el caso de la derecha y el mundo empresarial, he aprendido a valorar que eso también está presente en su cultura, desde otra óptica: la evaluación de cada decisión es si eso permite crecer o coloca en riesgo una empresa, si el modelo de negocio funciona o no funciona. Eso está también en el cultivo de la excelencia, de asegurar resultados, de controlar los procesos, de que las cosas se hagan bien, de que se genere valor real.

Yo creo que ese rigor hace bien en la vida, no solo en la política.

La condescendencia, decir solo algo para no se sientan, para que nadie se desarme, son un tipo de consuelo, un escape, un modo de eludir responsabilidades. Echarle la culpa al empedrado nunca ha servido mucho, creo yo. Siendo también severo en este punto, eso es falta de carácter, porque es no atreverse a ese examen crítico. Es un tipo de narcisismo débil, no querer mirarse sinceramente ante el espejo.

Creo que en una derrota es mucho mejor el examen severo de los errores. Por eso, insisto, es recuperar una escuela, una sana noción de cuál es la mirada crítica que debemos tener sobre por qué llegamos a este punto. Sobre esa base es que podemos hacer una proyección de recuperar la mayoría, incidencia, fuerza y legitimidad, como base de una hegemonía para un nuevo ciclo.

Ahora bien, yo reconozco que no soy tan cariñoso como mi mamá, pero al mismo tiempo les regalo una semana con ella: ¡ahí van a saber lo que es bueno!

Mi segunda reflexión es que el libro tiene un implícito. No era el objeto del texto, pero es su conclusión más o menos inevitable. Soy de lo que cree, como han señalado algunos, que la izquierda debe abrir una “segunda renovación” de la izquierda.

La “renovación socialista” es el resultado de las múltiples vías por las que se desarrolló el análisis crítico sobre la derrota de Allende y al cierre de un ciclo de casi 40 años que eso representó. Era rescatar con cariño, con aprecio, una historia valiosa, pero también con la convicción de que no se podía hacer lo mismo.

Ahora tenemos un desafío similar, porque la derrota de diciembre no es solo de un gobierno. Quién quiera leer el título del libro como una crítica solo a Boric se equivoca. A ratos él mismo era, como dice un refrán, “un volatín en medio de la tormenta”.

Es la crisis final de un modo de ver las cosas, de la concepción que marcó estos años y de un mundo que está cambiando aceleradamente.

A mi juicio, tratando de dibujar un mapa, que es un mapa de lo que estoy estudiando, esbozo al menos tres áreas.

1. El núcleo de las propuestas de la izquierda todavía está arraigado en las definiciones originales de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Las corrientes socialdemócrata y comunista se construyeron alrededor de la primera y la segunda revolución industrial. Es un momento donde hay un gran desplazamiento del campo a la ciudad, de la formación de la clase obrera industrial, donde los centros de poder estaban en esas grandes industrias, en el capital financiero que las podía alimentar y expandir, en las formas políticas e institucionales que le daban forma. Las propuestas que todavía hacemos siguen siendo reflejo de esa época, porque tocan fibras profundas, aluden a luchas que nos emocionan; pero es una época que ya se fue, el mundo no funciona del mismo modo.

Esa fase ya estaba resquebrajada en los años 70 y 80, por efecto de lo que se conoce como la tercera revolución industrial, que fue determinante en la renovación socialista y en la caída de los socialismos reales. Ese era el suelo fáctico de ese gran momento de cambios.

Ahora, el agotamiento de la “tercera vía” en la izquierda, que es el ciclo de la Concertación, y el fracaso de su versión solo redistributiva, es nuestra incapacidad de captar las tendencias de las nuevas revoluciones tecnológicas simultáneas en curso. El punto es que son varias revoluciones que están cambiando todo: la economía, las relaciones sociales, la cultura, la política y las instituciones. De nuevo, y esa es la huella leninista que me dejó mi papá, las debemos leer como cambios de poder.

Las categorías con las que hemos pensado nuestras propuestas ya no nos sirven. Eso es también lo exigente y lo estimulante que tiene este momento.

2. La crisis de la democracia que vivimos hoy día es, al final, una crisis de la obsolescencia del Estado actual, de su diseño institucional, de sus viejas fórmulas de equilibrio de poder, de su propia comprensión de dónde está el poder real. La

impotencia de la política, su incapacidad de resolver asuntos cruciales y sencillos de la vida de las personas, es una crisis de su poder.

El drama de la izquierda en estos años es que no podemos pedir más Estado de un Estado que se ha ido volviendo obsoleto. Eso no va a tener credibilidad. No es una fuente de esperanza. La gente no está visualizando ahí una oportunidad.

Esa es una de las fuentes de nuestra derrota y estamos obligados a examinarla. No es solo un problema de más Estado o de menos Estado. Nosotros queremos una solución más colectiva y, aún más, más humanamente colectiva, pero eso requiere una reformulación más profunda del Estado, porque sino la gente sencillamente no nos va a creer. La tendencia a las soluciones individualistas de la gente responde a esa incapacidad del Estado de otorgar soluciones y, por eso, nosotros tenemos la obligación de dibujar cuáles son las nuevas formas, las nuevas instituciones, de un Estado capaz de abordar soluciones comunes, más justas, más equitativas.

3. Por último, y aquí atisbo una reflexión todavía tentativa, pero que he masticado desde hace ya algunos años. La “renovación socialista” es, en parte importante, heredera del proyecto filosófico de la postmodernidad. Eso tenía y tiene, a mi juicio, una fuerza interpretativa notable respecto de la complejidad de la vida social y conserva una alerta respecto de la hybris de la modernidad, de las pretensiones sobre humanas que tuvo la filosofía de la racionalidad. Sin embargo, no ha sido eficaz como proyecto de cambio. Al relativizar su horizonte normativo, dejó de pensarse como una alternativa universal.

Un punto que trato en el libro es que la izquierda debe renovar su vocación universalista y cómo recuperar ese horizonte normativo, en que podemos comprender la complejidad, las diferencias la pluralidad de la sociedad, la multiplicidad de identidades, cómo eso se expresan, pero también como son capaces de definir -como un sentido del deber- cuáles son los valores universales que representan. Eso es lo que, a mi juicio, tiene una mayor potencia.

Por eso, en estas semanas, nos entusiasma e incluso nos emociona leer la encíclica del Papa León XIV, Magnífica Humanitas, porque tiene esa vocación. Si lo miramos en términos políticos, e incluso electorales, algo de eso hay en por qué en zonas tan nuestras, como por décadas lo fueron Lota y Coronel, por dar un ejemplo, porque hay otros, la izquierda ha sido reemplazada por las iglesias protestantes. La izquierda representó por décadas un proyecto normativo, de formación moral, un horizonte ético y práctico de cómo vivir valores de una vida mejor. En ausencia de eso, vocación de formación moral de la sociedad se encauzó por otras vías.

Manteniendo un espíritu laico, un espíritu abierto, lo que nosotros representamos puede establecer un diálogo con estas otras corrientes normativas de la sociedad, como las iglesias católicas y protestantes. Eso requiere una aproximación filosófica, teórica, de cómo nos vamos a aproximar a estos nudos del mundo actual.

Este puede ser un momento abrumador, pero también es un momento muy estimulante para pensarnos. La mera condescendencia no nos va a permitir abordar ni resolver estos desafíos. Este momento requiere examinarnos con rigor, requiere algo de desgarró.

Espero que este libro contribuya al debate que necesitamos.